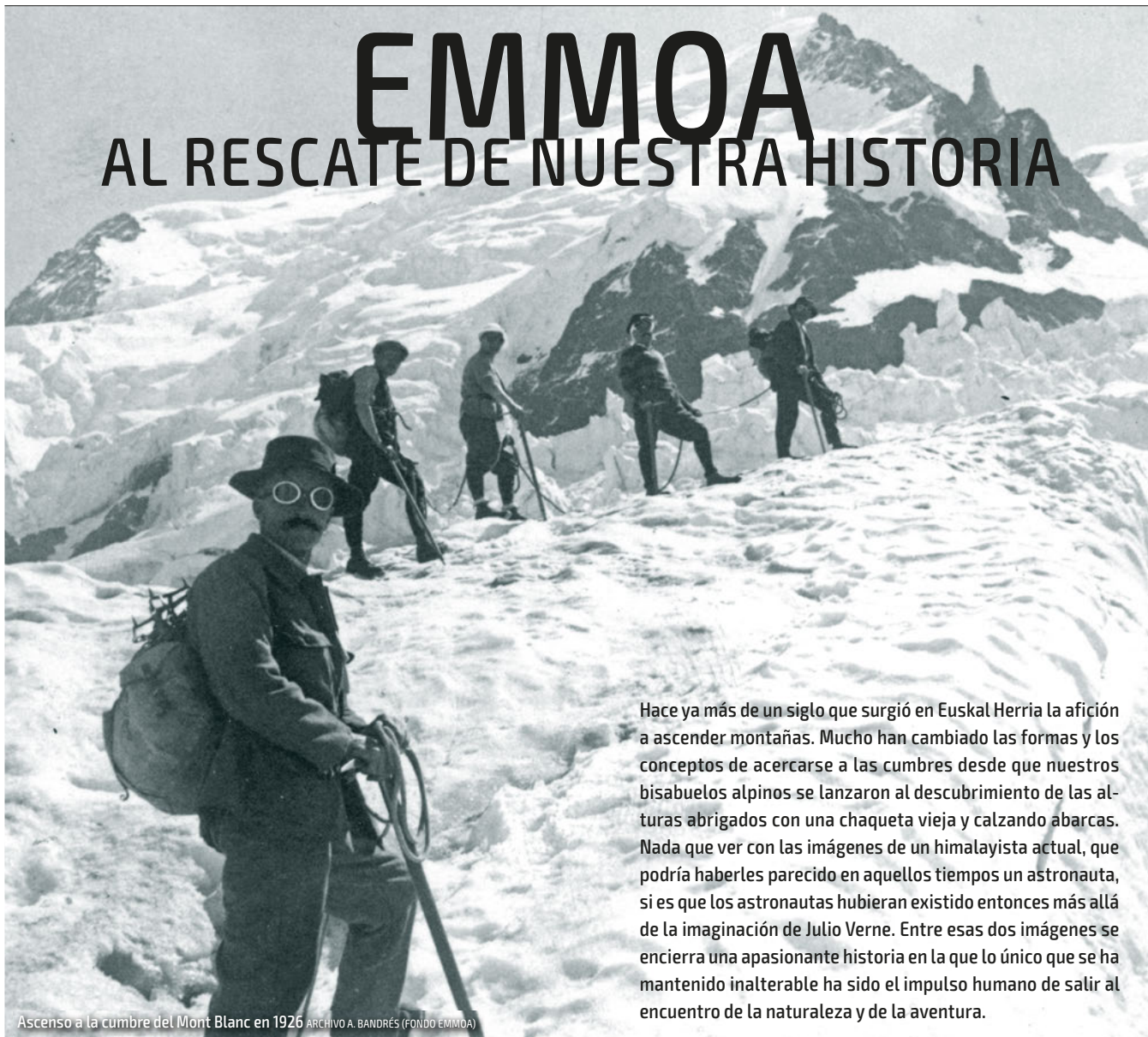


EMMOA

AL RESCATE DE NUESTRA HISTORIA



Ascenso a la cumbre del Mont Blanc en 1926 ARCHIVO A. BANDRÉS (FONDO EMMOA)

Hace ya más de un siglo que surgió en Euskal Herria la afición a ascender montañas. Mucho han cambiado las formas y los conceptos de acercarse a las cumbres desde que nuestros bisabuelos alpinos se lanzaron al descubrimiento de las alturas abrigados con una chaqueta vieja y calzando abarcas. Nada que ver con las imágenes de un himalayista actual, que podría haberles parecido en aquellos tiempos un astronauta, si es que los astronautas hubieran existido entonces más allá de la imaginación de Julio Verne. Entre esas dos imágenes se encierra una apasionante historia en la que lo único que se ha mantenido inalterable ha sido el impulso humano de salir al encuentro de la naturaleza y de la aventura.



Histórica foto del sherpa Pasang Tenba ARCHIVO EXP. VASCA EVEREST 1980

La desaparición paulatina por ley natural de las generaciones pioneras ha tenido como consecuencia inevitable la extinción de sus testimonios directos y una merma importante del patrimonio que ha ido marcando las se-

TEXTO



Antxon Iturriza

Cronista de montaña especializado en la historia del alpinismo, ha publicado cientos de artículos en periódicos y revistas, así como diversos libros. En la actualidad es secretario de la Fundación EMMOA, dedicada a la conservación del patrimonio del montañismo vasco.

ñas de identidad de cada época. Botas, cuerdas, crampones, brújulas, fotografías, libros, que eran exponentes ilustrativos de la evolución de nuestro montañismo a través del tiempo, han ido perdiéndose progresivamente ante la indiferencia general y su pérdida ha supuesto también la de nuestra propia memoria histórica. Únicamente algunas iniciativas particulares han hecho posible que una pequeña parte de ese patrimonio se haya salvado de la criba del tiempo y sea actualmente, por su propia singularidad, una herencia de valor extraordinario.

Conscientes del riesgo que corre este tesoro y de la trascendencia que tendría su pérdida definitiva, por iniciativa de un grupo de montañeros y con el aval de la Euskal Mendizale Federazioa, ha surgido la Fundación EMMOA (Euskal Mendizaleatasunaren Museoa-Fundación Museo Vasco de la Montaña) con el objetivo de preservar para el futuro los testimonios materiales e inmateriales que representan el desarrollo de la historia de nuestro montañismo.



Hacia la cumbre del Dhaulagiri ARCHIVO EXP. NAVARRA DHAULAGIRI 1979

● UN VIEJO PROYECTO

La idea no es nueva en absoluto. Ya en los primeros estatutos de la entonces denominada Federación Vasco Navarra de Alpinismo, fundada en Elgeta en 1924, se proponía la creación de un museo dedicado al montañismo y a la montaña vasca. Pero los años han ido transcurriendo sin que aquella visión de futuro de los fundadores se convirtiera en una realidad.

En las últimas décadas, diversos intentos por materializar la aspiración de crear un espacio dedicado a la exposición y conservación de nuestra historia no han llegado a concretarse por razones diversas, entre las que ha tenido un peso decisivo la desfavorable coyuntura económica que está atravesando el país.

Conscientes de que el tiempo corre en contra del objetivo de salvar y conservar la herencia histórica que han generado nuestros antecesores alpinos, EMMOA, sin renunciar a su

objetivo final de contar con un Museo del Montañismo Vasco, está trabajando en la creación de la infraestructura de un Centro de Documentación Alpina que garantice la conservación de este patrimonio para que el montañismo vasco no pierda su memoria.

Para llevar adelante este proyecto EMMOA ha firmado recientemente un convenio estratégico con la Sociedad de Ciencias Aranzadi, en base al cual la Fundación contará con un amplio espacio en la futura nueva sede de la prestigiosa entidad científica para la ubicación de sus fondos y servicios.

Como soporte de este proyecto, EMMOA cuenta con el apoyo de la Euskal Mendizale Federazioa, de la Federación Navarra de Deportes de Montaña y Escalada, de Orona Fundazioa y de numerosos montañeros históricos que han aportado, además, colecciones bibliográficas e importantes piezas de valor histórico a los fondos de la Fundación.



Antxon Bandrés en el Izazpi en 1928 ARCHIVO A. BANDRÉS (FONDO EMMOA)

CLAVIJA, CUÉNTAME TU HISTORIA

En aquellas estanterías dormían en una anarquía bien ordenada su sueño letárgico los objetos más diversos. La claridad tamizada que penetraba desde unos ventanales permitía distinguir las formas de cada uno de ellos y adivinar cuál había sido su cometido antes de que recalaran en aquel entorno tan pulcro como ajeno a su anterior existencia. Todos los artilugios que se encontraban alineados en las baldas habían tenido una intensa vida anterior y, sobre todo, habían vivido en espacios libres, abiertos, muy diferentes al de aquel lugar cerrado en que ahora se encontraban. Pero la vida es así, se consolaban unos a otros. Mucho peor había sido el destino de otros colegas a los que habían tirado simplemente a la basura cuando se habían hecho viejos o su dueño se había muerto. A ellos, por lo menos, les seguían mirando con reverencia cuando los sacaban a una exposición y podían presumir de tener un pasado lustroso.

No todos eran iguales. En eso los responsables eran lo suficientemente escrupulosos como para no poner a una bota conectora de los hielos del Himalaya como vecina de una modesta chiruca. Siempre ha habido clases. En cualquier caso, todos habían ya superado aquellas polémicas efímeras e inacabables de sus años de vigencia, cuando los unos despreciaban a los otros llamándoles "chuparriscos", mientras que éstos les calificaban irónicamente de "pisapradados".

En el recinto solía dominar por lo general un silencio sólo interrumpido por la entrada de los encargados de las colecciones cuando llegaban con una nueva pieza. No solía haber entonces entre ellas presentaciones protocolarias ni diálogos. Cada una guardaba celosamente los secretos de su presencia en aquel lugar. Por ello causó sorpresa cuando una recién llegada, una chaqueta de forro polar que, según se supo más tarde, había vivido en el verano del 94 mil y una peripecias en las laderas del K2 abrigando a Juanjo San Sebastián, se atrevió a preguntar a la clavija más antigua de la colección, cuál era su historia.

En realidad, más que una clavija, la decana de la colección era un tosco garfio de hierro oxidado cuya historia nadie conocía. Le costó empezar a soltarse después de tantos años sin hablar, pero cuando lo hizo captó enseguida la atención de todos los residentes en aquel templo de historias pasadas: "Yo nací en 1924 en la desaparecida fundición de Babcock Wilcock y mi dueño se llamaba Ángel Sopeña. Era un joven audaz, al que le gustaba algo tan extraño e incomprensible socialmente en aquellos tiempos como escalar paredes rocosas. Y con esos propósitos me llevó un día a la sierra de Urduña y, aunque la verdad es que no le serví de mucha ayuda, conmigo logró la primera ascensión del Pico del Fraile. Yo estuve en el nacimiento de la escalada vasca".

La confesión de la venerable clavija extendió un halo de admiración en torno a ella y animó a otros objetos a contar sus orígenes, porque todos tenían una historia apasionante que contar. Las siguientes en hablar fueron unas extrañas cartas escritas en japonés, cuya presencia nadie entendía en aquel lugar: "Nuestras páginas se escribieron muy lejos de aquí y los componentes de una expedición japonesa nos dejaron en la misma cumbre del Dhaulagiri, a más de ocho mil metros, como recuerdo a unos compañeros suyos desaparecidos en la montaña. No os podéis imaginar los amaneceres maravillosos que pudimos contemplar desde aquellas alturas. Pero, lo que son las cosas del destino:

un día de mayo de 1979 nos recogieron de allí unos alpinistas navarros y desde entonces hemos vivido en Iruña antes de que nos trajeran a este santuario".

El nuevo testimonio rompió definitivamente el silencio que las piezas habían mantenido entre ellas durante años: "Somos las botas que usaron en 1967 en la expedición vasca a los Andes. Con nosotras pisaron los montañeros vascos por primera vez cumbres que rozaban los seis mil metros".

Las que esto afirmaban eran unas grandes botas dobles de cuero, que más parecían las de un antiguo buzo por su peso y volumen. Al hilo de su afirmación, entraron en el diálogo otras enormes botas negras. "¿Sabéis dónde hemos estado nosotras? Somos las botas que usó Juanito Oiarzabal en su dramática experiencia en el K2 en 2004. Con él compartimos la alegría de la cumbre y las angustias del descenso. Hubo momentos en los que pensamos que ni él ni nosotras volveríamos al campo base. Es cierto que se le congelaron los pies, pero, lo decimos con sinceridad, no pudimos evitarlo".

De todos los rincones empezaron a surgir voces que querían contar viejas historias. Un viejo taco de madera tomó la palabra: "Tampoco fue culpa mía cuando en 1969 un tirón imprevisto me sacó de la fisura y caí al vacío con aquellos dos pobres jóvenes - Berrio y Ortiz, se llamaban -. Fue una pena, porque se encontraban en ese momento a punto de completar la primera invernal a la cara oeste del Naranjo de Bulnes".

Nací en 1924 en la desaparecida fundición Babcock Wilcock y mi dueño se llamaba Ángel Sopeña

En medio de un barullo de confidencias entrecruzadas, las piezas de aquel almacén callaron cuando la única que estaba conservada dentro de una urna de cristal, porque debía ser la más valiosa, empezó a hablar: "Os preguntaréis qué hago yo aquí, un rosario, rodeado de clavijas, mochilas y sacos de dormir, pero yo he subido más alto que ninguna de vosotras -afirmó-. Yo he estado nada menos que en la cumbre del Everest".

Se hizo un gran silencio cuando aquel rosario de cuentas de cristal fue desgranando su sorprendente relato: "Yo había vivido antes en un mundo bien distinto. Mi residencia eran los salones del Vaticano. Estuve en las manos de un Papa y después en las de unos montañeros polacos, que me subieron en invierno hasta la cima del Everest. Allí me tocó soportar fríos terribles, hasta que me bajó un vasco llamado Martín Zabaleta y me trajo como regalo para su madre".

Tras el impactante relato del rosario del Papa, parecía que nadie más iba a atreverse a hablar cuando, tímidamente, un sencillo piolet de madera, arrinconado entre los objetos de menor valor tomó la palabra. "Yo no puedo como vosotros alardear de ser una pieza única, ni de haber compartido aventuras extraordinarias con alpinistas importantes. Mi dueño era un montañero modesto, que sólo ascendía a las cimas por vías normales. Pero os puedo asegurar que amó a la montaña tanto como esas figuras que os llevaron a grandes montañas. Él no pasará a los libros de historia, pero yo, un piolet corriente como hay muchos otros, estaré aquí en su nombre, representando a todos los montañeros anónimos porque, cuando un día salgamos a la luz y estemos en las vitrinas a la vista del público, todos nuestros testimonios serán necesarios si queremos contar completa la historia del montañismo vasco".



Un viejo piolet

● UN PROYECTO DE TODOS Y PARA TODOS

Para lograr sus objetivos, EMMOA precisa del apoyo moral y material de todos los montañeros vascos. Para ello, la Fundación solicita la donación de objetos, libros o documentos que tengan una significación histórica para evitar su pérdida. Y requiere también que los aficionados se sientan partícipes del empeño mediante pequeñas aportaciones económicas, que puedan ayudar a financiar un proyecto que pretende salvar un patrimonio que es de todos.



Clavijas con historia

SI QUIERES MÁS INFORMACIÓN: WWW.EMMOA.EUS

SI QUIERES PONERTE EN CONTACTO: info@emmoa.eus

SI QUIERES APOYAR CON UNA AYUDA ECONÓMICA: ES53 2095 3140
51 9112970161



Botas que conocieron las alturas andinas

Zurrón y abarcas, compañeras de viaje

